

LA MUJER Y EL LIBRO

Por MARÍA ASUNCIÓN MARTÍNEZ BARA

LA Fiesta del Libro fue un lazo más de unión con mi querido y llorado maestro don Ricardo del Arco. Cada año, al organizar el homenaje al libro y a la biblioteca, acudía a don Ricardo para que fuera mi compañero en esa fiesta de tanto sabor, de tanto valor para cuantos amamos el libro. Su verbo elegante y flúido, su vibrante oratoria, rara vez dejaron de escucharse en el Aula Magna de nuestro Instituto de Enseñanza Media, teatro de la fiesta, en tan fausto día. Uno de los temas por mí desarrollados, con ocasión de ella, *La mujer y el libro*, fue objeto de los más elogiosos comentarios por su parte, elogios nacidos del gran afecto y estimación que por mí sentía el maestro y amigo. A su venerada memoria, ofrendo hoy aquella mi disertación de ayer.

La mujer y la cultura.

Abordamos hoy—Fiesta del Libro—un tema de vieja estirpe, un tema debatido durante siglos y que no obstante sigue teniendo actualidad, quizá por no haberse resuelto plenamente. Nos referimos a la posición de la mujer ante la cultura.

«La cultura—dice Simmel—es el perfeccionamiento de los individuos merced a la provisión de espiritualidad hecha por la especie humana en el curso de la Historia». Se dice que un individuo es culto cuando su esencia personal, su yo, se ha completado asimilándose los valores objetivos, es decir: costumbres, moral, arte, religión, formas

sociales... La cultura es, pues, una síntesis de lo subjetivo con lo objetivo. La mujer es más subjetiva, más individualista; el hombre más objetivo. Nuestra cultura es enteramente masculina, con pequeñas excepciones. Son los hombres los que han creado el arte, la industria, el comercio, la ciencia. De ahí que por ser eminentemente masculina la cultura tenga, a pesar de esa síntesis de lo subjetivo con lo objetivo, un mayor carácter de objetividad. La mujer, al tratar de incorporarse a la vida intelectual de la que se ha visto excluida durante tanto tiempo, ha tenido que hacerlo asimilándose una forma de cultura ya creada, una cultura de tipo exclusivamente varonil, porque no había otra.

Las condiciones en que se ha desenvuelto la vida de la mujer, no han sido, en general, las más adecuadas para despertar su inteligencia ni formar su carácter. Adler afirma que la mujer padece un complejo de inferioridad y debido a esto todos sus movimientos se hallan influidos por este sentimiento deprimente. Hoy día parece que este sentimiento tiende a desaparecer. ¿Podemos decir por ello que la mujer pierde su esencia femenina, que se masculiniza? No. Lo que ocurre es que va adquiriendo una expresión más consciente y, por tanto, más semejante a la de otros seres conscientes que son los hombres. Va perdiendo ese temor, esa timidez, esa desconfianza en sí misma que la han acompañado durante siglos, si bien dos milenios de historia, de historia casi negativa en lo que al cultivo de su inteligencia atañe, «influirá todavía en ella posiblemente durante siglos, velando lo más íntimo de su ser» — como asegura la condesa de Campo Alange en su obra *La secreta guerra de los sexos*—. Al decir historia casi negativa nos referimos al cultivo de la inteligencia de la mayoría de las mujeres, esto es, de lo que pudiéramos llamar la gran masa femenina. Aunque cultura equivale a privilegio y por tanto a selección y minoría, esta minoría, en lo que a la mujer afecta, ha sido excesiva, como veremos luego.

La capacidad intelectual femenina, siempre discutida, en la actualidad se admite con ciertas restricciones, que lógicamente impone la diferenciación fisiológica de los dos sexos. La mujer, según la Biología, no tiene condiciones para el trabajo creador, ni para lo genial. No sólo la historia, sino el momento actual, se encargan de confirmar esta aseveración.

Y no solamente es la fisiología la que marca la diferenciación genérica: la mujer es un ser intuitivo, el hombre reflexivo; la mujer, por regla general, alcanza por intuición, por sensación directa, lo que el hombre consigue después de un razonamiento. El sexo femenino es el afectivo;

el masculino el activo. «Tiene la mujer una mayor sensibilidad para los estímulos afectivos, y menos disposición para la labor abstracta y creadora», dice Marañón.

La mujer tiene preferentemente una vida interior; el hombre se proyecta hacia el exterior—ciencias, literatura, arte, guerras—, todo lo cual llena la mayor parte de su vida. Hay hasta diferencias de carácter más bien fisiológico, siendo una de ellas que la mujer está más cerca de la Naturaleza que el varón. «Lo femenino—dice Spengler en *La decadencia de Occidente*—está más próximo al elemento cósmico, más hondamente adherido a la tierra, más inmediatamente incorporado a los grandes ciclos de la Naturaleza. Lo masculino es más libre, más animal, más movedido, y en el percibir y comprender más despierto, más tenso».

Estas y otras muchas diferencias hacen que cada sexo sea no inferior el uno al otro, sino distinto el uno del otro, como afirma el doctor Marañón: sencillamente, se complementan. Si son, pues, tantas esas diferencias de todo tipo entre hombre y mujer, es absurda y hasta ridícula esa pretendida igualdad de los sexos, que tan de cabeza ha traído y sigue trayendo a infinidad de mujeres.

Reconocida la aptitud de la mujer para las actividades no geniales, que son la mayoría, se les ha abierto el paso para llegar, si lo pretende, a las profesiones que hasta hace poco monopolizaba el hombre. Es decir, se le ha reconocido el derecho a ejercer una profesión con la que, al ganar su sustento, no tiene que acudir al matrimonio como único recurso; si se casa lo hace libremente, sin coacción de ningún género. Si permanece soltera, al conseguir su independencia económica, no vive como un parásito en un hogar, que aunque familiar, no es el suyo propio. No es poco lo que se ha logrado. Claro que no se ha llegado a esto sin lucha.

La mujer a través de la historia.

La maravillosa civilización clásica griega y romana no deja a la mujer anulada en el aspecto cultural, mas limitando la libre ostentación de su ingenio y de su talento tan sólo a determinada clase de mujeres. Las esposas podían cultivar su inteligencia, pero en privado. Muchas patricias romanas alcanzan un alto nivel cultural. Marcial, entre otros, cita a muchas de ellas en sus escritos.

Las cortes medievales cristianas en los primeros siglos son semi-bárbaras, ignorantes de los refinamientos del espíritu. La incultura es general en hombres y mujeres, teniendo en cuenta que nos referimos a los seglares. Los monasterios son los únicos baluartes de la cultura como todos sabemos. Mas, repasando la historia de estos siglos encontramos nombres de mujeres excelsas, reinas o santas, a quienes corresponde una gran parte en la transformación religiosa, moral y cultural de la sociedad bárbara.

La civilización árabe coetánea fue brillante. Córdoba es la Atenas de su tiempo y la mayoría de sus mujeres poseen una gran cultura en contraste con la que ostentan las cristianas de su época.

No obstante, la influencia femenina se observa en estas cortes cristianas a medida que pasa el tiempo. A partir del siglo XII se inicia en Europa una elevación en el nivel social de la mujer. ¿Quiere decir esto que se eleve el cultural? Hasta cierto punto, sí. Aquellas damas, protectoras de los trovadores, introducen en las cortes el gusto por las letras, especialmente por la poesía y penetra en ellas un aire dulce y sentimental que hace cambiar el aspecto de las vidas de aquellas rudas gentes. Esta influencia se extiende a todas las tierras afines a la Provenza, cuna de los trovadores. Estos se consagran a defender y elogiar a las damas, tal vez por complacer a sus protectoras.

Circunscribiéndonos a nuestra patria, y lanzando una rápida ojeada al panorama cultural femenino, encontramos que a cambio de una literatura plagada de sátiras y denuestos contra el bello sexo, o de alabanzas hiperbólicas—ángeles o demonios, nunca mujeres—, se alzan unas cuantas voces sensatas—pocas—, que se preocupan hondamente de la mujer. Una de estas figuras señeras es la de Alfonso el Sabio, que en pleno siglo XIII se adelanta, como en tantas otras cosas, a su tiempo, y considera a la mujer su compañera «en los sabores y en los placeres, en los pesares y en los cuidados», y en una de las Partidas proclama la igualdad de la instrucción para los dos sexos.

Y es preciso llegar al reinado de los Reyes Católicos para percibir una ebullición en el saber femenino bajo la égida de doña Isabel. Debido a la influencia italiana aumenta sensiblemente la cultura de la mujer, pero es entre las damas de la aristocracia entre las que llega a formarse un núcleo de humanistas: Beatriz Galindo, Lucía Medrano, Luisa Sigea, la hija de Nebrija. Mas en realidad todo esto se limitaba a un pequeño círculo. Hubo, desde luego, muchas mujeres cultas, pero ello no permite, ni mucho menos, hablar de cultura femenina en un período en el que la

casi totalidad de las mujeres, apenas sabían leer y escribir. Por tanto, esta cultura femenina renacentista tuvo, en España, un carácter eminentemente aristocrático, en el sentido de reducción y selección.

En pleno siglo de oro perdura este sentido aristocrático; la mujer de la clase media, y no digamos la de las bajas capas sociales, no alcanzaba más instrucción que la lectura, la escritura y acaso los trabajos manuales. Otra voz se alza con sentido de amplitud, sin restricción, para todas las mujeres. Luis Vives, en el siglo xvi, en su obra *De la instrucción de la mujer cristiana*, dice que el que las mujeres lean buenos libros le parece no sólo útil, sino necesario; limita su actividad docente a la familia y expresa su deseo de que sea la madre la que enseñe a leer a sus hijos y les trasmita todo aquello que crea necesario de lo que ella ha leído, y añade: «y si no lo hubiere hecho, hágalo siquiera por amor de ellos».

Y debió existir afición a la lectura entre las mujeres de esta época. Las mujeres de Tirso, de Lope, de Calderón—siempre las de las clases acomodadas—, mencionan a fray Luis de Granada, a Boscán, los libros de caballería. No cabe duda que fue cierta esta afición, toda vez que el teatro clásico ridiculiza este deseo de erudición, satirizando, no sólo a la pedante, cosa muy lógica, sino a la simplemente instruída. La culta latiniparla, con toda su pedantería y rebuscamiento, aparece con frecuencia en nuestras mejores obras, como prototipo de la mujer instruída. Sin embargo, santa Teresa de Jesús—figura excelsa no sólo entre las mujeres, ni siquiera en la literatura de nuestro país, sino en la literatura toda—, en varios pasajes de sus obras afirma que las mujeres carecen de cultura y se muestra partidaria de que la adquieran, pero no a medias, pues considera esto más pernicioso que la ignorancia reconocida. Temía ante todo la pedantería, que considera como consecuencia inevitable de esta semicultura.

El advenimiento de los Borbones marca un cambio de rumbo. España, como toda la Europa culta, mira hacia Versalles, como antes había mirado hacia Italia. Se considera como complemento de la educación de buen tono las aficiones literarias en la mujer. Las mujeres de noble abolengo o de alto rango social cultivan la literatura. Carlos III, comprendiendo el valor de la mujer como elemento civilizador, quiere asociarla a todas sus fundaciones culturales. Abundan las tertulias literarias presididas por bellas mujeres aficionadas a las letras, pero prescindiendo de estas damas de ilustre prosapia, el resto era semi-analfabeto.

Fue entonces cuando el P. Feijóo, en uno de sus discursos del *Teatro Crítico Universal*, «defensa de las mujeres», proclama la igualdad intelectual de los dos sexos, diciendo que las diferencias que se observan, se deben exclusivamente al distinto cultivo a que se someten las facultades naturales. Pero aunque el P. Feijóo rompe una lanza gallardamente en favor de la mujer, levantando con ello gran polvareda, prácticamente no se consigue nada.

Si observamos cuanto venimos diciendo, veremos que desde el Renacimiento, época en que empieza a contar la cultura en la mujer, hasta fines del siglo XVIII, el cultivo de la inteligencia femenina es patrimonio exclusivo de las más altas clases sociales, es decir, de mujeres que se encontraban en condiciones excepcionales ya que no se siguió con ellas las normas habituales de educación, y aun dentro de estas clases no constituyendo fuerza de mayoría.

Es en el siglo XIX cuando ya comienza a participar la clase media. Mas no sin muchas prevenciones al principio, aun limitándose a la instrucción rudimentaria; temiendo que ésta, que la lectura pudiese causar daño moral a las jóvenes, se procuraba en lo posible mantenerlas en la ignorancia. Poco a poco en España, más rápidamente en otros países, va elevándose el nivel cultural de la mujer en las clases media y alta.

Concepción Arenal es el paladín de la mujer en este siglo. Quiere dar solución práctica a las especulaciones de los anteriores. Publica dos obras de gran trascendencia para la mujer: *La mujer del porvenir* y *La mujer de su casa*. En ellas afirma que la capacidad intelectual de la mujer puede ejercitarse en todas las profesiones que no exijan mucha fuerza física y que no perjudiquen a la ternura de su corazón. Cree, como después se ha proclamado, que no es apta para las investigaciones de tipo superior, pero que puede realizar las demás tan completamente como el hombre: «Observemos—dice—lo que hacen un médico, un farmacéutico, un abogado, un catedrático vulgares, de talla común; observemos bien, sin prejuicios, y digamos si no puede una mujer aprender lo que ellos saben, lo que ellos hacen». En cambio, y por estimar en lo que vale la sensibilidad femenina, no quiere que la mujer ejerza cargos de autoridad, ni que intervenga en la vida política.

Y henos aquí en el siglo que corremos. El desenvolvimiento de la mujer constituye, tal vez, el hecho social más importante en los primeros años del siglo XX. La primera guerra mundial sorprende a la mujer tratando de alcanzar, mediante su trabajo, esa meta codiciada que es la independencia económica. En todos los países civilizados, en unos más

rápidamente que en otros, la mujer, puesto que se le ha reconocido su capacidad intelectual, iba siendo admitida a desempeñar funciones que en siglos anteriores eran patrimonio exclusivo del hombre: en centros docentes, en oficinas públicas y particulares, en laboratorios, había mujeres ocupando cargos generalmente de poca responsabilidad. Y en las Universidades, más en el extranjero que en España, la mujer asomaba tímidamente su cabeza.

Al producirse la conflagración mundial de 1914, esas mujeres, preparadas o no para ello, ocupan en la retaguardia los puestos que los hombres dejaban vacantes en fábricas y oficinas, al ser movilizados. Gracias a esto la vida normal no se interrumpe durante los años de lucha. Al terminar la contienda muchas vuelven a sus hogares, otras continúan definitivamente en aquellos puestos. Y en este intervalo la mentalidad femenina ha sufrido una profunda transformación. La de los hombres también. La mujer le presenta su hoja de servicios demostrados prácticamente. Son algo más que simples teorías.

Más tarde, entre una y otra guerra, el nivel cultural de la mujer va subiendo rápidamente y «va incorporándose intelectual, cívica y económicamente a toda la trama social». Llega la segunda guerra mundial y esa mayor cultura de la mujer sirve para depositar en ella una mayor confianza; desempeña cargos que exigen una preparación técnica que ya posee; incluso aquellos que encierran seria responsabilidad moral. Ya en postguerra, en el momento actual, el aumento progresivo del coste de vida es un fuerte argumento a favor del trabajo de la mujer.

Claro está, que esto, como sistema, da lugar a una subversión del orden tradicional establecido, y como consecuencia surgen apologistas y detractores del nuevo orden. Los primeros favorecen y estimulan esa inquietud femenina, los segundos tienden a frenar el empuje de la mujer hacia su autonomía económica, y son muchos, especialmente en España, los que hoy todavía sostienen que la mujer debe consagrarse exclusivamente al hogar. Cada uno aporta sus razonamientos que estima convincentes. Colocándonos en un ponderado término medio, podemos afirmar que la mujer casada, la mujer madre sobre todo, es en el hogar en donde tiene su campo de acción propio, en donde debe desenvolverse ampliamente, dejando el trabajo extrahogareño a la mujer soltera, que pese a todo y afortunadamente, tampoco se encuentra desligada por completo (en nuestro país al menos) de las tareas del hogar. De este modo, la familia, base y fundamento de nuestra sociedad cristiana, puede mantenerse firme. Es misión de la mujer, principalmente, el sostenerla. Natu-

ralmente, ya se sobreentiende, no consideramos términos opuestos, la mujer instruída, la mujer culta y la mujer-madre consagrada al hogar. Tampoco, al afirmar que la mujer casada debe permanecer en éste, dejamos de comprender la poderosa razón que en la mayoría de los casos la impulsa a proyectarse hacia el exterior del mismo. Ese progresivo aumento del coste de vida es factor decisivo y es a la legislación estatal a quien compete la solución de este problema compensando ampliamente con subsidios el salario del cabeza de familia, a fin de que éste pueda sostener holgadamente la que ha constituido, sin necesidad de la cooperación económica de la mujer.

La mujer de hoy.

De la conjunción de las viejas con las nuevas teorías, ha surgido el tipo de mujer nueva, de mujer de hoy, que aunque parezca lo contrario, no se halla todavía completamente definido. Las dos fuerzas opuestas la mantienen en una perpetua oscilación entre el pasado y el presente. La tradición mantiene sus fueros con bastante firmeza frente a las nuevas orientaciones. Solamente en algunos casos y en determinados aspectos, podemos decir que la mujer de hoy pertenece de un modo absoluto al momento en que vivimos. Nos referimos concretamente a una mayor libertad en las costumbres con las que se transige y con las que hay una tolerancia, a veces sumamente peligrosa. La intolerancia, o al menos la poca benevolencia, se manifiesta en términos generales, tan sólo en lo que al cultivo de la inteligencia respecta. Todavía, sobre todo en algunos viejos rincones provincianos, asoma un puntito de ironía en los varones, cuando de la mujer inteligente y cultivada se trata. Muy bien que se arremeta contra la pedante, pero no se olvide que la pedantería no es patrimonio exclusivo de la mujer. Debido quizás a esto, aún hay un sector femenino, poco extenso, sin duda, y cada vez menor, por fortuna, que limitando su instrucción a lo estrictamente indispensable, poseen una cultura no superior a la de nuestras abuelas. Y eso es un error. No es que pretendamos, ni mucho menos, que todas las mujeres sean literatas, que haya mujeres excepcionales, ni siquiera que todas cursen carreras universitarias, no hace falta eso. Necesitamos mujeres corrientes, normales. Aspiramos tan sólo a que la mayoría alcance un nivel intelectual más elevado, más en consonancia con las necesidades que imponen los tiempos presentes. Esta es la labor que todavía queda

por hacer a nuestras mujeres, sobre todo a las de las clases más altas y más bajas. En las primeras hay hoy día un escogido plantel que por su preparación cultural se ligan a sus antepasadas de los siglos renacentista y de oro. Pero es minoría, muy minoría. La mujer del pueblo, por otra parte, si bien ella tiene escasa cultura, aspira a que sus hijas la tengan: se inicia una mejoría en este «clima». Es la mentalidad de la mujer de la clase media la que en pocos años ha dado un prodigioso salto hacia adelante; estas mujeres son las que pueblan nuestras aulas, nuestras bibliotecas; ellas son las que van a la vanguardia de esta cruzada cultural. Pero, como dice nuestra exquisita y femenina escritora María Luz Morales: «Debemos aspirar a que cada mujer, sin distinción de clases sociales, cada mujer que hace a su gusto su hogar y con él el mundo, abra de par en par las puertas de su hogar para que por ellas penetren las inquietudes espirituales del momento plasmadas en los libros; que las ventanas del libro abran a cada casa horizontes ilimitados». La cultura en la mujer—agregamos—no le hace perder la suavidad y dulzura de su sexo; por el contrario, se depura por la educación. La paz del hogar, lejos de turbarse, se afianzará con la instrucción de la mujer, como ya apuntaba Concepción Arenal. La mujer debe darse cuenta de que la cultura no es incompatible con su misión en la familia, ni con la de la maternidad, máximo exponente de su feminidad. ¿Qué mayor orgullo para la mujer-madre que estar en condiciones de poner en manos de su hijo el libro que ha de formarle intelectualmente? «Es absurdo—dice Luis de Zulueta en sus *Ensayos pedagógicos*—que se quiera mantener una oposición entre la ciencia o el cultivo del espíritu y la maternidad. ¡Como si para la maternidad no hiciera falta saber nada! Piénsese tan sólo en lo que representa la educación de la primera infancia, período en que se echan los cimientos subconscientes del carácter y de la personalidad, labor considerada hoy como la parte más importante y más difícil de toda la Pedagogía...»

La madre, pues, debe poseer conocimientos suficientes para guiar a sus hijos sobre todo en la edad primera; debe procurar que los hijos crezcan en el gusto de la cultura y hallen en el ambiente familiar acicate para sus ideales. Son necesarias madres cultas y comprensivas—comprensión que en gran parte da la cultura—que estimulen el afán de su hijo.

Más podemos decir acerca de la necesidad de que la mujer cultive su inteligencia. La hora actual exige que la mujer no se contente sólo con ser perfecta físicamente; es necesario que entable amistad con el libro. Los libros renuevan el espíritu haciendo que cuando la juventud está ya

en el ocaso, esa renovación constante mantenga joven ese espíritu. Y de este modo se exalta la personalidad, que se advierte aún en los actos más sencillos de los seres cultivados.

La mujer debe seguir al hombre en su camino. Debe comprender que tal vez para el compañero de su vida llegue un momento en que no le baste exclusivamente la contemplación diaria de su espléndida belleza; que necesite algo más. El hombre de mediana sensibilidad puede llegar al hastío al sentirse siempre solo en sus más nobles actividades: las del espíritu. Por ello la mujer debe estar alerta, tensa, poniendo en su empeño plena coquetería, una coquetería nueva que el momento presente impone a la mujer. El ilustre egiptólogo alemán Jorge Mauricio Ebers, en una de sus novelas dice por boca de una anciana egipcia: «A quien posee tu corazón y estimas más que a ti misma, precisamente porque le amas, no puedes servirle mejor ni demostrarle más bellamente tu fidelidad que cultivando tu espíritu y tu corazón hasta donde alcancen tus fuerzas. Todo lo bello y bueno que aprendas, será un regalo para él».

La condesa de Campo Alange dice: «La comunión de las almas, la compenetración a que la mujer aspira, es lo único que a la larga podrá mantener la sólida unión de la pareja humana». Y esto—añadimos—ha de ser obra casi exclusiva de la mujer. Y la mujer instruída, la que ha cultivado su inteligencia, se encuentra indudablemente en mejores condiciones para lograrla. El hombre—nos referimos al hombre inteligente—aceptará este maravilloso don al que no estaba habituado.

Berdiaeff concede a la mujer actual una fuerza no desgastada todavía por el roce histórico, y Jung, por su parte, afirma que la mujer del presente tiene ante sí una formidable tarea cultural que tal vez represente el comienzo de una nueva época.